

## Ortega, las bibliotecas y el libro

En dos momentos, alejados entre sí dos largas décadas, escribió Ortega sobre el libro. En el primero se lamentó del páramo bibliográfico que constituían nuestras pobres bibliotecas, en comparación con las ricas instituciones extranjeras que había conocido en Alemania y que iban a conocer y estimar los jóvenes becarios enviados a Europa por la Junta de Ampliación de Estudios para su formación. Son opiniones ligeras, propias del medio en que las da a conocer, la prensa.

En el segundo, el análisis es más profundo porque Ortega está en plena madurez intelectual y tiene que dirigirse a un público de profesionales con una formación superior. Después de una lúcida exposición de la influencia que el libro ha tenido en el desarrollo de la civilización occidental y de descubrir la esclavitud a que el crecimiento torrencial del libro va a condenar al hombre, analiza la esencia del libro, avisa de los peligros que puede causar a algunas personas incapaces de asimilar el pensamiento de los autores y expresa su confianza en que el bibliotecario salve el caos bibliográfico, aunque —lo que no tiene nada de extraño— Ortega no acierte con los medios que debe usar aquél para llevar a cabo su misión.

Fue temprana la preocupación de Or-

tega por el libro como instrumento necesario para realizar trabajos científicos. Uno de sus primeros artículos en *El Im-parcial* (21 de febrero de 1908) lleva por título «Pidiendo una biblioteca». En él aparece la idea motriz del pensamiento orteguiano sobre España. «El problema español es un problema educativo... de ciencias superiores, de alta cultura», por lo que «el verdadero nacionalismo... procura nacionalizar lo europeo». Ahora bien, si «es preciso, ante todo, que España produzca ciencia..., es muy difícil realizar trabajos científicos en España», pues, «salvo algunas materias, es decididamente imposible por no haber una sola biblioteca de libros científicos modernos».

Expone seguidamente la situación de la Biblioteca Nacional, que, por cierto, había sido instalada espléndidamente en un amplio y noble edificio hacía una docena de años, y estaba dirigida desde diez años atrás por el más ilustre y famoso historiador de nuestra historia y de nuestra literatura, don Marcelino Menéndez Pelayo. De ella dice:

«La Biblioteca Nacional es inservible, apenas si basta para asuntos de historia y literatura españoles, que son las disciplinas menos europeas. Las demás ciencias se hallan por completo desprovistas de material bibliográfico.

Faltan las obras más elementales. Apenas si hay revistas, Para colmo de desventuras, el reglamento es paladinamente ridículo. El principio en que se funda este reglamento es que los libros están en la Biblioteca para que no se los lleven; no para que sean leídos bajo ciertas garantías, sino exclusivamente para que no se los lleven, aunque nadie los lea».

Mostrada la ineficacia de la Biblioteca Nacional para la concepción orteguiana de la biblioteca al servicio de la educación superior, prosigue nuestro hombre: «Creo que una biblioteca de libros científicos (y claro está que esto quiere decir libros científicos extranjeros) es institución mucho más urgente que ese teatro nacional proyectado», cuya propuesta fue el motivo del artículo. «Puede vivir dignamente una nación sin un Teatro Nacional: sin una biblioteca medianamente provista, España vive deshonrada.»

Ortega termina proponiendo al gobierno de Maura, como organizador y director de la nueva biblioteca, a una personalidad idónea dentro del Partido Conservador, don Eduardo Hinojosa, historiador del Derecho, muy respetado entre los intelectuales liberales por el rigor científico de su trabajo.

El joven Ortega no duda en soltar una andanada sobre Menéndez Pelayo, aunque sin citarlo, como responsable de la orientación de la Biblioteca Nacional. Las ideas de ambos sobre el contenido de la educación variaban notablemente. Para Menéndez Pelayo lo importante era lo histórico, lo hecho en el campo artístico e intelectual, aunque no en el bélico, por los grandes hombres del pasado, mientras que para Ortega el primer lugar lo ocupaba el pensamiento contemporáneo, lo que los hombres de su tiempo estaban creando tanto en el terreno de las letras como en el de las ciencias. Para uno era imprescindible que los españoles bebieran

en fuentes extranjeras si querían ser hombres de su tiempo, es decir, europeos. Para el otro bastaba, para conseguir la formación cultural superior, el examen de la tradición propia. Menéndez Pelayo repitió en ocasiones que se sentía feliz rodeado de tantos amigos muertos físicamente, pero a cuyo pensamiento podía llegar a través del libro, como Quevedo:

vivo en conversación con los difuntos y escucho con mis ojos a los muertos.

De ahí el interés puesto en su conservación y el famoso reglamento de las bibliotecas públicas de 1902, cuya finalidad ciertamente parece ser que los libros no se perdieran, no que se leyeran. En efecto, los lectores no podían consultar los catálogos en fichas, ni retirar en préstamo otros libros que los duplicados, y con excepciones y grandes dificultades, y precisaban autorización especial los que quisieran leer obras literarias o periódicos que contuvieran folletones con novelas. Había sido promulgado por un ministro liberal, el famoso conde de Romanones.

En dos artículos posteriores (julio y agosto de 1908) publicados también en *Eí Impardal* con el título común «Asamblea para el progreso de las ciencias», Ortega se quejaba de que en ninguna biblioteca pública de Madrid estaban las obras de Ficht y hasta unos pocos días antes tampoco las de Kant, que habían sido adquiridas recientemente por la modesta biblioteca del Museo Pedagógico.

En ellos describía la situación de la España de su tiempo con gran pesimismo. Le resultaba muy desfavorable la comparación con Europa por las deficiencias científicas de los españoles, y, haciendo uno de los juegos de palabras tan de su gusto, decía que si Europa era la ciencia, España resultaba la «inconsciencia». En ella sólo había pueblo y faltaba la levadura, «los pocos que

espiritualicen y den vida a los muchos».

Para él, lo primero era fomentar la organización de una minoría encargada de la educación política de las masas. Aunque disentía de Menéndez Pelayo sobre los contenidos culturales, ambos compartían un sentido aristocrático de la cultura y del libro, y no se les ocurrió pensar que el pueblo tenía capacidad creativa y deseaba, y lo iba a conseguir, ser escuchado y atendido.

Por ello uno y otro se desentendieron de las bibliotecas públicas surgidas en el siglo XIX en Inglaterra y Estados Unidos para acercar el libro al pueblo. Su crecimiento no había sido un lastre para el desarrollo de la cultura superior y sí, en cambio, constituyeron un elemento poderoso para el incremento de la riqueza, la elevación cultural, la convivencia social y la consolidación del régimen democrático.

Con motivo de la designación del sucesor de Menéndez Pelayo en la dirección de la Biblioteca Nacional, volvió Ortega a mostrar su preocupación por el futuro de nuestra primera biblioteca y, de paso, por el de las otras bibliotecas oficiales que dependían del director de la Nacional, que era al mismo tiempo jefe del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, a cuyos miembros estaban confiados los archivos, bibliotecas y museos arqueológicos dependientes del Estado. Firmó, junto con otros profesores ilustres y hombres famosos de las letras, las artes y las ciencias (Ramón y Gajal, Hinojosa, Echegaray, Pérez Galdós, Benavente, Azcárate, Torres Quevedo, Pardo Bazán, Giner de los Ríos, Posada, Simarro, Sorolla, Palacio Valdés, Cossío, Azorín, Baroja, etc.), una carta publicada en *El Imparcial* (24 de mayo de 1912) pidiendo que se escuchara en este caso, dada su importancia cultural, la voz de los intelectuales y que el cargo recayera en un hombre de grandes

méritos científicos: Ramón Menéndez Pidal.

Los intelectuales, que fueron objeto de cierta rechifla en la prensa, despreciados y derrotados, tuvieron que esperar para ser escuchados dieciocho años, hasta 1930, cuando dimitió Rodríguez Marín, el sucesor de Menéndez Pelayo y en cuya designación había influido decisivamente la afonía que no pudo salvar una operación quirúrgica y que le incapacitaba para ganarse la vida actuando como abogado en los tribunales. Gracias a don Elías Tormo, ministro de Instrucción Pública en el gobierno Berenguer, los intelectuales consiguieron ahora por fin que se les entregara el gobierno de la Biblioteca Nacional a través del Patronato, y que fuera nombrado director un bibliotecario profesional, don Miguel Artigas.

El ensayo importante de Ortega sobre las bibliotecas y el libro es *Misión del bibliotecario*, que leyó en forma de discurso el 20 de mayo de 1935 a los asistentes en Madrid al Congreso Internacional de Bibliotecarios. Desde entonces no ha perdido actualidad. Ha sido reeditado con frecuencia, traducido a varios idiomas y objeto de comentarios en cursos y revistas profesionales.

Para Ortega esta misión era educadora, lo que en su boca supone reconocimiento de máxima importancia. Su mayor ilusión era ser educador de los españoles y en la educación veía la salvación de la empobrecida y achatada sociedad española de su tiempo, para la que temía un futuro aún más negro: desaparecidos teatros y academias, los españoles gastarían su tiempo en torno de enormes mesas de café contándose cuentos verdes.

Ortega, convencido de que el hombre precisa adquirir una conciencia histórica de sí mismo, empieza el análisis histórico del libro con el de su evolución desde el Renacimiento. Realmen-

te, como manifiesta, no es preciso remontarse a la Antigüedad Clásica, pues allí, en efecto, la evolución fue muy diferente de la que ha tenido lugar en Europa desde el siglo xv a nuestros días.

En verdad aquellos eran días auro-  
rales. Los renacentistas se sentían orgullosos de la inteligencia humana y optimistas sobre el porvenir que su uso podía depararles. Ortega observa que entonces se sintió el libro como necesidad social. Ciertamente había un impaciente deseo por acceder a los logros intelectuales del hombre, principalmente a los que contenían las obras de los autores latinos y griegos, que habían permanecido en un segundo plano durante la Edad Media, ensombrecidas por las que explicaban la doctrina cristiana.

Es la época de los incruentos cazadores de libros, rastreadores de monasterios decaídos en Oriente y Occidente en busca de viejos y arrinconados manuscritos de obras clásicas. También la de príncipes que empleaban grandes fortunas en la creación de ricas bibliotecas, ciertamente por vanidad personal, pero pensando también en el servicio de los hombres cultos.

Ortega se queda corto cuando sugiere que la necesidad de tener más libros pudo ser causa del nacimiento de la imprenta. Fue su causa primera. En efecto, en la Baja Edad Media, la adopción, como materia escritoria, del papel en la Europa cristiana, que anteriormente, mientras la necesidad no era acuciante, estuvo mal visto, había sido una acertada respuesta a la creciente demanda de libros. No lo fue en el mismo grado la creación de *estaciones*, o librerías universitarias, y el establecimiento por ellas de la *peda* (cuadernillo que se alquilaba para la copia) con el propósito de resolver la escasez de copistas, pues así como la fabricación de papel pudo crecer paralela a la

demanda, no pudo hacerlo la mano de obra de copistas y fue preciso recurrir a un procedimiento mecánico, la imprenta o tipografía de Gutenberg.

La imprenta fue recibida por las autoridades como una bendición, facilitó extraordinariamente la multiplicación de los libros y con ello, como dice Ortega, la creación de «las ciencias de la naturaleza y del pasado, los conocimientos técnicos». Pero cuando el número de libros creció más de lo previsto, surgió el recelo. Una pragmática de Felipe IV (1627) declaraba que ya era excesiva la abundancia de libros, y en Francia, en 1665, apareció la revista *Journal des savants* para informar a los hombres cultos sobre los libros que aparecían.

Consecuencia de la abundancia de libros y de la necesidad de que todos tuvieran acceso a los conocimientos útiles para su trabajo y a las ideas que encuadraban el comportamiento social, fue la aparición de la necesidad de fomentar la lectura y de buscar lectores, para lo cual fue preciso crear la figura del bibliotecario profesional, no, como hasta entonces, al servicio de una persona o institución, sino al de la sociedad y pagado por el Estado o por las autoridades locales, según fuera la organización administrativa.

Como puntualiza Ortega, la sociedad democrática, surgida de la Revolución francesa, era hija del libro y supuso «el triunfo del libro escrito por el hombre escritor sobre el libro revelado por Dios y sobre el libro de las leyes dictadas por la autocracia». Además, «sin ciencias, sin técnicas, no pueden materialmente existir estas sociedades tan densas de población y con tan alto nivel de vida. Mucho menos pueden vivir moralmente sin un gran repertorio de ideas». Pero es que para la consolidación de la democracia «las masas debían dejar de serlo a fuerza de enormes dosis de cultura, se entiende efec-

tiva. Brotando con evidencia en cada hombre, no meramente recibida, oída, leída».

El hecho, advertido por Ortega, de que en el siglo xx las masas se abalancen sobre los volúmenes con una urgencia casi respiratoria, como si fueran balones de oxígeno, le vuelve pesimista porque «la comodidad de poder recibir con poco o ningún esfuerzo innumerables ideas almacenadas en los libros y periódicos... ha acostumbrado ya al hombre medio a no pensar por su cuenta». Con cuánta más razón se hubiera expresado así Ortega al ver las horas consumidas en la actualidad por las gentes ante las pantallas de la televisión.

Las cosas podían cambiar si se conseguía que las personas recrearan las ideas recibidas, las hicieran suyas y fueran miembros conscientes de la sociedad en que vivían, compartiendo la cultura de su tiempo, es decir, el sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad, que es característico de cada época y que constituye la base, el ¡suelo, en que se apoya la existencia humana.

La idea de que los lectores deben asumir los contenidos de los libros, re-elaborándolos dentro de su mundo interior, y no haciendo de simples silos almacenadores, la toma Ortega del *Fe-dón* platónico.

Se trata del pasaje en que Sócrates narra el mito del dios egipcio Theuth, inventor, entre otras muchas cosas útiles, de la escritura. Al jactarse ante el faraón de que la escritura iba a hacer sabios a los egipcios y a vigorizar su memoria, el soberano replicó que, por el contrario, se debilitaría ésta por falta de uso, y los lectores, si habían sido incapaces de dar vida a los pensamientos del autor y se limitaban a almacenarlos en su memoria, crearán hacerse cargo de las ideas y, «atestados de presuntos conocimientos, que no han ad-

quirido de verdad, se creerán aptos para *juzgar* de todo, cuando, en rigor, no saben nada y, además, serán inaguantables porque, en vez de ser sabios, como se supone, serán cargamentos de frases».

Platón expone la similitud del cultivo del campo y el del cerebro, donde deben fructificar los buenos mensajes recibidos, y Ortega aclara que en el escrito no está todo el pensamiento del autor. Hay en el libro una serie de cosas que, por referirse a una realidad evidente, no son mencionadas. En él sólo se conservan las palabras que son como las cenizas del pensamiento, por lo que el lector posterior debe reproducir en su persona la situación vital a que el pensamiento respondía, o, como diríamos hoy, debe dar el mismo valor que el autor a los signos en que viene envuelto el mensaje lanzado por éste.

Platón llama al libro «decir escrito» y Ortega sospecha «que el hacer vital, la función viviente que es decir, culmina en aquel de sus modos consistente en decir lo que hay que decir sobre algo y que todo lo demás son utilidades secundarias y subalternas de ella».

Frente a la ocasionalidad de la palabra hablada, la escrita da al pensamiento independencia y forma fija, sin posibilidad de variación, y alarga su duración por siglos. De un instrumento de estas características, según Ortega, no se puede abusar, no debe ponerse a «escribir uno sin tener previamente algo que decir de entre lo que hay que decir y que no haya sido dicho antes», afirmación que está conforme con las ideas socráticas o platónicas, expresadas en un momento auroral del pensamiento escrito o libro, cuando se ignoraban sus posibilidades reales en la transmisión de ideas y en la educación o formación de las personas.

El carácter imprescindible que el li-

bro tiene hoy hace que nos sentimos esclavizados por él. «El libro ha dejado de ser una ilusión y es sentido como una carga», y como hay demasiados libros acumulados y su número crece en abundancia torrencial, el bibliotecario deberá «dirigir al lector no especializado por la *selva selvaggia* de los libros y ser el médico, el higienista de sus lecturas», y crear una nueva técnica bibliográfica de un automatismo riguroso, como evolución final de las normas ordenadoras que dieron origen a la catalogación" para exonerar «de esfuerzos inútiles a los hombres cuya triste misión es y tiene que ser leer muchos libros».

No está el hombre de hoy tan huérfano, como creía Ortega, de orientadores para acercarse al libro apropiado dentro del torrente de libros, pues editores, libreros y bibliotecarios lo han creado para facilitar el camino de compradores y lectores canalizando la producción de materiales, difundiendo una propaganda orientada, creando colecciones de libros con características uniformes, adaptados a determinados compradores, y agrupando los libros con arreglo a las capacidades y necesidades de los lectores, entre otras razones porque la necesidad sentida por un lector puede ser satisfecha por varios libros alternativos»

Para los trabajos científicos, donde el investigador precisa conocer los últimos resultados conseguidos en cualquier lugar y consultar necesariamente los escritos en que se da cuenta de ellos, fue acertada la intuición de Ortega de una ordenación de un automatismo riguroso para la bibliografía, conseguida felizmente con los ordenadores.

En cambio, no tuvo la misma fortuna su idea de que el bibliotecario fuera el regulador de la producción de libros y un filtro interpuesto «entre el torrente de los libros y el hombre»

cuando manifestaba que era preciso «regular la producción del libro a fin de evitar que se publiquen los innecesarios, y que, en cambio, no falten los que el sistema de problemas vivos a cada época reclaman». Aunque Ortega pensaba que esta regulación no había de atentar contra la libertad porque no tendría un carácter autoritario, la verdad es que ha sido aprovechada por las autoridades de muchos países para justificar la implantación de la censura. Por otro lado, Ortega parece compartir el sentimiento aristocrático de la cultura que tuvieron los bibliotecarios alejandrinos cuando jerarquizaron los autores griegos y, dentro de cada uno de ellos, sus obras y limitaron el campo de lectura a los que consideraron buenos porque ya entonces los libros eran muchos. Es verdad que gracias a esta selección se han salvado la mayoría de las obras que han llegado hasta nosotros, pero también lo es que se han perdido otras valiosas que no quedaron incluidas en sus listas, calificadas más tarde como el canon alejandrino.

No comparto la idea de una dicotomía radical entre libros buenos y malos, o útiles e inútiles, y que estas calificaciones puedan ser discernidas por una persona con formación superior, por una autoridad, cuando, en realidad, quien ha de medir la bondad y la utilidad del libro es el lector y no el bibliotecario pedagogo o maestro. Hay libros que son inútiles para muchos lectores porque no les facilitan información, pero que para otros son útiles porque sí se la facilitan y posiblemente valiosa. Los hay que tienen para unos un contenido científico e ideológico, mientras que para otros éste puede resultar o una nadería o un conjunto de galimatías sin sentido. Finalmente, la lectura de un mismo libro puede resultar placentera a una misma persona en una ocasión y en otras hastiarle.

Me parece que la misión del bibliotecario no es la de filtro, es decir, no ha de ser limitadora en lo que se refiere al acopio de libros. El ideal debe ser adquirir el mayor número posible con los recursos disponibles. En cambio, su función debe ser de guía, debe poner a punto los instrumentos técnicos para que cada lector encuentre con

facilidad *su* libro. Estos procedimientos técnicos, que ya han sido inventados, van desde la especialización de las bibliotecas o salas hasta la ordenación y clasificación de los libros, pasando por servicios informativos orales o escritos.

H. E\*

\* Director de la Biblioteca Nacional.